

Letanía de Liberación

Cuando todavía había suficiente luz para ver, dos Hermanas Escolares de Nuestra Señora nos reunimos con alrededor de 60 mujeres del campamento. Estábamos sentadas en un círculo grande. La señora que nos invitó nos presentó a las demás y, a la vez, invitó a todas las presentes a compartir las duras experiencias que han vivido en estos años.

Una viejita sentada a mi derecha empezó compartiendo la historia de sus últimos años. Así principiaba 'La Letanía de Liberación'.

Al ir compartiendo las mujeres los sucesos de sus vidas, el dialogo fue mas o menos así. . .

1. Somos salvadoreñas del norte. Cuando la guerra se empeoraba y nuestros hombres se fueron para el ejército o el Movimiento, nos quedamos sin ninguna seguridad. Especialmente para nuestros hijos. Pensamos que era mejor irnos para Honduras, y buscar seguridad cruzando la frontera. Estábamos en camino cuando otros horrores sucedieron.
2. Podíamos movernos solamente en las noches. Teníamos que escondernos en los campos de maíz, en las cuevas, y a veces en las montañas. No podíamos cocinar en el día porque los soldados podrían ver el humo. Pero la comida que teníamos, la compartimos entre todos. Por fin, cuando cruzamos el río, entrando en Honduras, éramos tal vez 200 personas.
3. Recuerdo bien cuando escuchamos a lo lejos la llegada de los 'jeeps'. Con los ruidos comprendíamos que los soldados estaban bajando de los autos y metiéndose en los campos de maíz, buscando gente. Mi bebe empezó a llorar. Fue tan alto su llanto que los soldados podrían haberlo oído y descubrirnos. Agarré fuerte a mi bebe y puse su cabecita en mi pecho hasta que ella se calmó y no hubiera peligro con ejercito. Cuando miré a mi bebe, me di cuenta que no estaba llorando, porque estaba muerta. Yo asfixié a mi niña.
4. Llegamos al Río Lempa en la oscuridad. El río era muy ancho. En partes era hondo. Corría rápidamente. Yo tenía a mis tres hijos. A dos los cargué en brazos. Mi hijo de 5 años se tenía que agarrar de mi falda. Yo le dije de no me soltara. Llegamos a una parte muy honda. Casi no podía guardar el equilibrio llevando en brazos a mis dos chiquitos. Mi hijo mas grande se asustó, él no sabía cómo nadar, y se soltó de mí. Mi último recuerdo de él fueron las palabras: "¡Mamá, ayúdeme, ayúdeme!"

5. Todos oímos la llegada de los helicópteros. Habíamos empezado a cruzar el Río. No había dónde escondernos. Los helicópteros tenían focos grandes. Los pilotos nos podían ver a todos y empezaron a disparar con fusiles potentes. ¿Sabremos cuántos mataron esa noche?. Algunos nos dijeron más tarde que el río corría enrojecido con la sangre de nuestra gente.
6. Por su puesto que el gobierno de Honduras sabía que estábamos en camino. Ellos avisaron a las Naciones Unidas, a la oficina que trabaja con refugiados. Nos encontraron en la orilla del río el día siguiente. Traían algunas medicinas. También nos dieron unas lonas de hule. Querían que los pudiéramos usar para protección, pero con el sol fuerte, eran demasiado calientes. Pero, por lo menos, supieron que necesitábamos ayuda.
7. Otra vez llegaron los helicópteros. Corrimos bajo los hules. Esta vez, ellos nos rociaron con un líquido. Fuera difícil respirar. Después de un día, varios niños se enfermaron y murieron. Los adultos aparecieron con el piel como podrida. ¡Quién sabe con qué nos rociaron!

Así eran algunas historias que recuerdo. De cada parte de este círculo de mujeres salieron expresiones de sufrimiento profundo - lagrimas, angustia, dolor, enojo-. Cada persona en este círculo ha perdido uno o mas miembros de su familia – esposo, padre, hijo, hermano, nieto. Al fin – tal vez después de unas tres horas – se hizo silencio. ... En el silencio yo sentí el fruto de una comunidad de mujeres que podía compartir lo mas profundo de sus vidas formado con lazos de sufrimiento y amistad.

Ya no había nada de luz. Fue una noche muy oscura, sin luna. Pero, a mi derecha, una ancianita – con una voz llena de autoridad - la misma quien empezó la noche – interrumpió el silencio.

Otra vez – cada párrafo en esta historia que sigue – viene de las mujeres sentadas en el círculo. Diferentes voces de diferentes partes del cuarto, como una letanía.

8. Madre de Dios, nuestra hermana y compañera, tu invitaste a los amigos de tu Hijo para compartir en la última cena. Esa noche tenias que sentir miedo por todos los rumores que estaban corriendo. Tu corazón estaba presintiendo el futuro, y la posibilidad de peligro para tu hijo. Cuantas veces nosotras también, teníamos que escuchar los rumores, y teníamos que tratar de calmar nuestras familias con buena comida y la protección de la comunidad.
9. María, nuestra hermana, tu sabias cómo era recibir noticias de que tu hijo fue secuestrado, y no saber a dónde se lo llevaron. También cada una

de nosotras hemos recibido estas noticias. A veces teníamos que esperar días hasta que sabíamos la verdad de, a dónde -nuestros esposos, hijos, hermanos, padres- fueron llevados por el ejercito sin razón o motivo.

10. Madre de Dios, tu sabias lo que era recibir noticias de que los soldados estaban torturando a tu hijo toda la noche después de haberlo aprehendido. Casi todas nosotras también hemos recibido pedacitos de información – que nuestros seres queridos estaban en un lugar escondido, torturados, y tal vez asesinados.
11. Maria, compañera de nosotras, ¿dónde estabas cuando recibiste la noticia de que tu hijo era condenado a muerte? Algunas veces, nosotras recibimos noticias de radio, a veces los militares filtraban información a las familias. Pero, cuando sabíamos, era demasiado tarde para reclamar. Nos sentíamos sin poder frente al gobierno, y, como tú, buscábamos consuelo con nuestras familias y amigas – compartiendo el dolor y la oración.
12. Madre de Jesús, algunos llegaron con la noticia que los soldados estaban llevando tu hijo de un lugar para el otro. Sin duda, como nosotras, tú corriste a la calle en donde – tal vez – Jesús iba pasar. Nos dijeron que tú podías ver a Jesús, y que El te miraba también. Cuántas de nosotras fuimos corriendo a una esquina después de recibir las mismas noticias – esperando ver, aunque sea por un momento – nuestros seres queridos. Pero, a veces, después de haberlos visto, fue mas difícil todavía, por la evidencia de las torturas.
13. María ¿cuál era tu sufrimiento cuando miraste a los soldados arrancar la ropa del cuerpo de Jesús? ¿Que sentías cuando ellos tumbaron a tu Hijo sobre la cruz? ¿Cuando escuchabas a los soldados poner los clavos en la carne de Jesús? Y, María ¿qué pasó en tu corazón, cuando mirabas a los soldados levantar la cruz en alto, con tu Hijo colgado para morir?.
14. Madre de Jesús, ¡Qué horrible era este tiempo para ti!. Pero, María, reclamamos contigo porque hay muchas de nosotras que no tenemos idea de cuándo, ni dónde, mataron a nuestras esposos o hijos.
15. María, después de la muerte de Jesús, el gobierno dejó que pudieras recibir el cadáver de Jesús. Por fin, tú podrías abrazar el cuerpo de tu hijo. Tú podrías lavar ese cuerpo y prepararlo para ponerlo en la tumba. Cuantas veces muchas de nosotras hemos salido a buscar dónde tiraron los cadáveres, por si fuera posible identificarlos. Muchas de nosotras jamás tendremos el consuelo de enterrar a nuestros seres amados para que descansen en paz.

Otra vez había un periodo de silencio profundo – tal vez cinco minutos, que yo recuerde. Entonces, a mi derecha, la misma voz de la ancianita dijo:

Maria, tú nos debes esperanza en la Resurrección.

Así, termino esta noche increíble. Nos paramos, nos abrazábamos entre todas, y en silencio, en la noche, nos salimos. Sin electricidad, la noche fue una oscuridad absoluta. Pero los soldados no nos encontraron.

Cuando regresamos a nuestro cuarto, miré al reloj. Empezamos a compartir mas o menos a las 5:30 p.m. y terminamos a las 11:00p.m. No es posible olvidar a estas mujeres valientes. Voy a recordar para siempre la esperanza intensa que tienen en Maria, Madre de Dios, hermana, y compañera de sus vidas.